

En el teatro, nadie disputa la palma en el género cómico á don Manuel Bretón de los Herreros, maestro en el manejo del lenguaje y de la rima, agudo, ingenioso, chistosísimo, culto, urbano, autor muy original, cuya vena inagotable sembró de perlas la escena española. Otra gloria del teatro en este tiempo es don Ventura de la Vega, que templó y modera con su buen gusto y sus bien equilibradas facultades las exageraciones de los románticos. Arregló mucho del teatro francés, mejorándolo casi siempre, y su comedia *El hombre de mundo* es un modelo, por lo bien trabado del plan y la verdad de los caracteres. Tomás Bretón, como Vega, fueron líricos muy notables. Además de Martínez de la Rosa, del duque de Rivas, de Zorrilla y de los dos autores últimamente mencionados, se destaca en el teatro con propia y vigorosa personalidad don Antonio García Gutiérrez. Su drama *El Trovador*, que señala el tercer gran triunfo del romanticismo en nuestra escena, elevó de pronto su nombre á la cumbre de la fama. Poeta eminentemente nacional, como Zorrilla, García Gutiérrez no dejará nunca de entusiasmar á los espectadores con sus sentimientos caballerescos, sus arranques apasionados, su gallarda, fácil y armoniosa versificación. Su repertorio dramático es un tesoro inapreciable, en que hay, además de *El Trovador*, joyas tan hermosas como *Simón Bocanegra*, *Juan Lorenzo*, *El Rey moro*, *Venganza catalana* y otras muchas.

No había transcurrido aún un año desde el estreno de *El Trovador*, cuando representábase otro drama, cuyo autor, que hasta entonces viviera oscuramente, adquirió, como García Gutiérrez, universal renombre. El drama era *Los amantes de Teruel*; su autor, don Juan Eugenio Harzembusch, que más tarde dió á la escena otras producciones de bastante mérito, aunque inferiores á la primera, y que, además, distinguióse como autor de fábulas morales, fué prosista claro y correcto é hizo prolijas y eruditas investigaciones acerca de nuestra literatura, dando pruebas, en sus notas y en sus trabajos críticos, de la perspicacia de su ingenio, de su gusto delicado y de la solidez de su cultura literaria. Otro autor dramático de la época, que gozó de gran boga, fué don Antonio Gil y Zárate, y aunque el valor intrínseco de sus obras no explique la aceptación que lograron, justo es confesar que, en *Guzmán el Bueno*, acertó á herir con viveza sentimientos siempre despiertos en el pueblo español, y que, en *Carlos II el Hechizado*, no todo es gárrula palabrería ni golpes de brocha gorda.

No renacen en nuestra patria otros géneros literarios con menos fuerza que la poesía en la época de que hablamos. En la crítica descuellan el catalán don Pablo Piferrer, don Agustín Durán, una de las glorias más legítimas de la literatura española del presente siglo, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, y Harzembusch, como queda dicho, Mesonero Romanos y otros. Entre los críticos suele también citarse á don Mariano José de Larra, *Figaro*. No obstante, muchos más elogios que por sus juicios, aun no siendo despreciables, en materia de arte y literatura, merece Larra por sus artículos de costumbres y,

sobre todo, por aquellos, profundamente originales, donde da rienda suelta á su humorismo, á veces tético y misantrópico: en este género no hay en España quien le iguale ni siquiera se le aproxime. Larra escribió también el drama *Macías* y una novela con el mismo asunto, obras ambas de valor indiscutible.

Estébanez Calderon, *El Solitario*, Segovia y el ya citado Mesonero Romanos, buenos hablistas y escritores meritísimos, se labraron sólida reputación describiendo con gracejo y donosura costumbres, escenas y tipos populares.

Con la era constitucional aparecieron en España multitud de publicaciones, unas meramente literarias y otras, la mayor parte, políticas, aunque en ellas se insertaban con frecuencia poesías, artículos de crítica y otros trabajos de naturaleza análoga. Casi todos los hombres que se encumbraron á los primeros puestos de la administración y del gobierno, diéronse á conocer primeramente en los periódicos. Muchos de estos tenían carácter satírico y, á menudo, manchaban sus columnas con la torpe ofensa y el insulto soez y desvergozado. Entre sus redactores, los hubo sin embargo de chispeante y saladísimo ingenio, como don Francisco Martínez Villergas, que manejaba con igual soltura y maestría la prosa y el verso. *Fray Gerundio* (don Modesto Lafuente) se hizo también célebre con sus críticas y burlas, y González Bravo, bajo el seudónimo de Ibrahim Clarete, llamó la atención por sus atrevimientos y procacidades en *El Guirigay*. En el periodismo grave y de polémica, se distinguieron don Andrés Borrego, don Fermín Caballero, don Joaquín María Pacheco, el conde de San Luis y otros.

El despertar de la libertad y el florecimiento de las letras produjeron del mismo modo la aparición y desarrollo de la elocuencia política, y si la España de entonces ocupa lugar señaladísimo en la historia del arte por sus poetas y su prosistas, no es menos excelso el que le corresponde por sus oradores parlamentarios. La naturaleza ha sido pródiga con nosotros en este punto, y Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, don Joaquín María López, Donoso Cortés, Olózaga, González Bravo, Ríos Rosas, llevaron ya, en el período de que hablamos, la tribuna española á la altura de las primeras de Europa.

Tornemos ahora la mirada al otro reino de la Península Ibérica. El veintiuno de Diciembre de mil ochocientos cinco, murió en Portugal uno de los poetas que más honran las letras lusitanas, Bocage (Elmano). Su célebre *Epístola á Marília* hizo que el gobierno de doña María lo encerrase en un calabozo. El poeta desfalleció, pidió gracia y pudo redimir la libertad á costa de la honra. Desde entonces, cada una de sus poesías fué una retractación, su arrepentimiento, empero, no le trajo la fortuna, y vivió miserablemente. En sus composiciones ligeras recuerda nuestro Meléndez Valdés. En sus cantatas hay elevación y armonía; las mejores son las intituladas *A Medea*, *La muerte de Inés de Castro*, *La Confesión de la Virgen*. Comenzó también varias tragedias, mas no llegó á concluir ninguna.

Forma contraste con el anterior, por la entereza de su carácter, Francisco Manuel de Nascimento (*Filinto Eliso*). Era clérigo, y perseguido, acaso sin motivo, por la Inquisición, ante la cual fué acusado de profesar opiniones heterodoxas, emigró á París: volvió á Portugal en mil setecientos noventa y dos, como secretario particular del conde de la Barca, ministro de Hacienda á la sazón, pero, renovadas con la caída de éste las severidades del Santo Oficio, huyó otra vez al extranjero, de donde ya no regresó. Exasperado por el rigor con que le trataron, en lugar de doblegarse, escribió durante sus largos años de destierro numerosas poesías volterianas y revolucionarias contra los reyes, los sacerdotes y el Papa. Los críticos reconocen unánimemente á *Filinto* como uno de los maestros de la lengua lusitana; mas, en lo tocante á su mérito poético, las opiniones han sido en tradas: hoy se le juzga con menos apasionamiento, y ni se le compara con Horacio, como acostumbraban sus admiradores, ni se le califica de vulgar coplero; siguiendo á sus enemigos.

Muerto Bocage y emigrado *Filinto*, ejerció el fraile José Agustín de Macedo una especie de dictadura despótica en la literatura portuguesa. Poseía no escaso talento, pero soberbio, procaz, violento, vengativo, rencoroso ha dejado fama por su descomedimiento, su crítica caprichosa, su lenguaje soez y las injurias é insultos que prodigaba á sus adversarios. Absolutista furibundo en política, era en literatura revolucionario, y se rebeló valientemente contra «las reglas mecánicas que coartan los vuelos del genio». Escritor satírico, orador sagrado, periodista, poeta lírico, épico y dramático, su fecundidad parecía ser inagotable, y con la simple enumeración de sus obras llenaríamos varias páginas de este libro.

Entre los pocos escritores modernos que se libraron de las destempladas censuras del padre Macedo, que no fué más indulgente con los antiguos, figura Antonio Feliciano de Castilho, á quien el terrible fraile prodigó calurosos elogios y con quien uniése en íntima amistad. Feliciano de Castilho, ciego de nacimiento, es tan buen hablista como *Filinto*, y la ventaja en estro poético. Versificador afluente, correcto y armonioso, escribió excelentes poesías líricas y tradujo á Ovidio y á Virgilio. Nacido en mil ochocientos, debía alcanzar larga vida y prestar eminentes servicios á su país, erigiéndose en propagador infatigable de la instrucción primaria.

Después de Gil Vicente y de las ineficaces tentativas de Camoens, los portugueses, dice un escritor de aquel país, nada hemos producido en el teatro. Digamos la verdad: el drama se ha creado en nuestro siglo (el décimo-noveno) y en nuestro tiempo. Al vizconde de Almeida Garret, son deudoras las letras lusitanas de este beneficio. «Cuando Almeida Garret, observa el señor Romero Ortiz, llevó á la escena las primicias de su precoz talento.... no se conocía allí ni se había conocido antes la comedia que copia las costumbres y los tipos del país, ni la tragedia que pinta los arrebatos de una pasión con

tintas tomadas de la naturaleza, ni el sainete que ridiculiza los vicios y las preocupaciones de las últimas clases sociales». Con gran entusiasmo, pues, vieron los portugueses elevarse el nuevo astro en el horizonte literario de su patria. En sus primeras tragedias, no se sale Almeida Garret de las reglas neo-clásicas; mas luego se emancipa y se hace ecléctico, debiendo de ser entonces cuando se le ocurriese fundar el teatro nacional, acudiendo exclusivamente á la historia lusitana en busca de personajes, caracteres y sucesos. Inició su patriótica tarea con el drama intitulado *Un auto de Gil Vicente*, que le dió popularidad en breves horas, y alentado por el lisongero éxito obtenido, compuso el *Fray Luis de Souza*, que se estima con justicia como una de las creaciones más hermosas del teatro moderno. Este segundo triunfo, mayor aún que el primero, fué decisivo. Portugal tenía ya teatro propio. En el género épico escribió Almeida Garret *O retrato de Venus, Doña Branca y Camoens*, y en el lírico derramó su inspiración en numerosas poesías, algunas de relevante mérito, como las intituladas *A victoria da Praia, O farol i o baixel, O jurameato* y otras. El autor de *Fray Luis de Souza*, que se había propuesto dar á la literatura lusitana vida independiente y original, consagró también sus esfuerzos á reunir en un *Romanceiro e cançoneiro geral* el rico tesoro de la poesía popular.

Los jóvenes escritores portugueses siguieron el camino abierto por Almeida Garret, sobresaliendo entre todos el célebre Mendes Leal, poeta lírico, poeta dramático, poeta cómico, novelista, filólogo, crítico, orador, académico y parlamentario, historiador, biógrafo y publicista. Esta multiplicidad de aptitudes que, según indica un historiador, no puede decirse si proviene de condiciones ingénitas ó del escaso mercado literario que ofrece Portugal, es común á bastantes escritores de este país. De cualquier manera, no hay duda que Mendes Leal estaba adornado de altas prendas, que le permitieron distinguirse en todos los ramos á que aplicó su pasmosa actividad. Limitándonos á considerarle como literato, debemos consignar que, en la poesía lírica, sólo Castillo pudo competir con él en su tiempo, que en el teatro llegó á reinar sin rival y que en la novela se hizo acreedor á los elogios de la crítica inteligente. Sus dramas *Os deus renegados*, exageradamente romántico, *O homem da mascara negra, A pobre das ruínas, Doña Maria di Alencastro* y otros pertenecen á la época que historiamos, como igualmente multitud de composiciones líricas, de novelas y de artículos literarios.

Para concluir esta breve enumeración de los poetas y escritores portugueses en la época que nos ocupa, sólo nos falta mencionar al insigne Herculano. En mil ochocientos treinta y ocho dió éste á la estampa su admirable libro de poesías *A harpa do crente*; después publicó el *Monasticon*, que comprende dos estudios históricos y que ha creado en Portugal un nuevo género de literatura, y más tarde las *Lendas é narrativas*, preciosa colección de cuentos y leyendas. Alejandro Herculano, dice ya el citado señor Romero Ortiz, es el poeta más filosófico, el novelista más erudito, el historiador más concien-

zudo, el pensador más profundo que ha tenido la nación lusitana en el presente siglo.

Cerraremos este capítulo diciendo algo de la literatura italiana.

En mil ochocientos quince, cuando Murat, arrepentido de su anterior conducta con Napoleón, llamó á todos los italianos para oponerse á Austria, un poeta, más crédulo ó más entusiasta que la mayor parte de sus compatriotas, se imaginó que había sonado la hora de la independencia y hasta de la unidad de Italia. «Las fuerzas estaban dispersas, no las voluntades, exclamó: no seremos libres mientras no seamos unos; en tanto no se levante un hombre en torno del cual nos agrupemos, nuestros enemigos, más débiles que nosotros, nos mirarán como un rebaño y nos insultarán..... ¡Ese hombre se ha levantado ya, por el cielo!» La canción á que pertenece la estrofa transcrita quedó sin terminar: la suerte contraria y el desaliento de los italianos corrieron más de prisa que la inspiración del poeta. La independencia de Italia debía seguir siendo un sueño por mucho tiempo; pero el autor que se había anticipado tantos años á cantar la resurrección de su patria, el noble Alejandro Manzoni, no se rindió, como otros, al peso del desengaño. Su gran corazón confió siempre en ver á Italia redimida, una y fuerte.

Manzoni contaba entre sus ascendientes al ilustre César Beccaria; por sus venas corría, pues, sangre generosa. A los veinte años de edad, en mil ochocientos cinco, trasladóse á París con su madre y trabó amistad con Fauriel, el crítico sagaz y laborioso, que conocía tan profundamente la literatura de Italia. Como Chateaubriand, y quizás con sentimiento más hondo y espontáneo, pasó de la duda á la fe, y en lo sucesivo fué creyente sincero y convencido. Sus *Himnos*, publicados en mil ochocientos quince, le revelaron como poeta religioso y también como poeta lírico de una escuela nueva. La sencilla originalidad de aquellas composiciones, desconocida en el país del Petrarca, del Tasso, de Chiabrera y de Monti, fué causa de que al principio pasasen sin ser notadas apenas por sus paisanos. De Cristóforis decía en *El Conciliador*, en mil ochocientos diez y nueve: «No sabemos por qué razón hicieron tan poco ruido en Italia los *Himnos Sagrados* de nuestro A. Manzoni. ¿Qué premio se reserva, pues, en esta bendita Península para los que, huyendo de contaminarse con las inmundicias, la adulación, el vicio y la imitación servil, cultivan generosamente el arte armonioso de la palabra por amor á la verdad, por deseo de propagar nobles consejos y ejemplos de caridad y de justicia?» Goethe, en cambio, prodigó sus elogios á Manzoni, á quien llama «cristiano sin falsa exaltación, católico romano sin devoción estrecha, celoso defensor de la fe sin intolerancia». En mil ochocientos veintiuno, cuando Carlos Alberto era proclamado rey de Italia por los insurrectos piemonteses y lombardos, Manzoni escribió la más bella de sus odas: *Marzo, mil ochocientos veintiuno*.

«..... No más barreras entre Italia é Italia!»

«¿Quién podrá distinguir en el Po las ondas mezcladas del doble Dora, las del Bormida

unido al Tanaro, las del Tesino y del Orbe, orlado de bosques? ¿Quién separará las corrientes confundidas del Oglio y del rápido Mella? ¿Quién les quitará los mil torrentes confundidos que les trae la embocadura del Adda? ¿Quién podrá dividir en despreciables colonias una nación vuelta á la vida y, remontando los siglos y los destinos, hacerla refluir hacia sus antiguos infortunios, una nación que debe ser libre toda ella ó toda ella esclava entre los Alpes y el mar, nación una por las armas, por la lengua, por los altares, una por los recuerdos, por la sangre, por el corazón?»

«El rostro temeroso y abatido, la mirada humillada, vaga, del mendigo á quien se soporta por caridad en un suelo extranjero, tal era la mirada y el rostro del lombardo en su país; su ley era la voluntad del extranjero; su destino, el secreto de otro; su suerte, servir y callarse....» «Alemanes, si la tierra en que ha poco gemidos oprimidos encierra los cuerpos de vuestros opresores; si la presencia del déspota extranjero os pareció tan odiosa, ¿quién os ha dicho que será eterno y estéril el duelo de las razas italianas? ¿Quién os ha dicho que será sordo á nuestras quejas ese Dios que oyó las vuestras?»

«¡Ese Dios que sepultó en las aguas del Mar Rojo al tirano que perseguía á Israel; Él, que puso el martillo en manos de la valerosa Jael y dirigió sus golpes; Él, que es padre de todas las naciones, no ha dicho al germano: «vé, recoge los que no has sembrado, abre tus garras, te doy á Italia!»

«¡Querida Italia, donde quiera que ha estallado el grito doloroso de tu larga servidumbre; allí donde la esperanza de los hombres no se ha extinguido todavía; allí donde la libertad ha ya florecido y donde madura en silencio, en todas partes, en fin, en donde el colmo de la miseria arranca lágrimas, no hay corazón que no lata por tí!»

Por desgracia, la insurrección italiana no tardó en ser dominada y la magnífica oda de Manzoni, leída confidencialmente á algunos amigos íntimos, no pudo publicarse hasta veintisiete años después, en otro mes de Marzo, en que la conmoción había de ser bastante más profunda y de consecuencias mucho más trascendentales.

El mismo año de mil ochocientos veintiuno, dió á luz Manzoni su famoso canto, *El cinco de Mayo* (á la muerte de Napoleón), inferior á sus demás composiciones líricas, aunque fuera de Italia ha sido considerado erróneamente como la mejor poesía del autor; con él, sin embargo, consiguió el egregio poeta que hasta sus enemigos le perdonasen su gloria. Dos años antes, había escrito la tragedia intitulada *Carmagnola*. Tanto en esta obra como en *Adelchi*, Manzoni rompió con las tradiciones del seudo-clasicismo. No obstante, el romanticismo italiano, en su forma primitiva, en la que debe á Manzoni, se contuvo en la esfera relativamente tranquila de los ocios de gabinete: por esta causa no debe extrañarse la escasa intriga que hay en los dramas citados. Son estos escenas históricas ligadas por una acción única y que se suceden sin peripecias ni interrupciones. Toda la reforma consiste en llevar al teatro la historia escrupulosamente conservada. Los clásicos acusaban